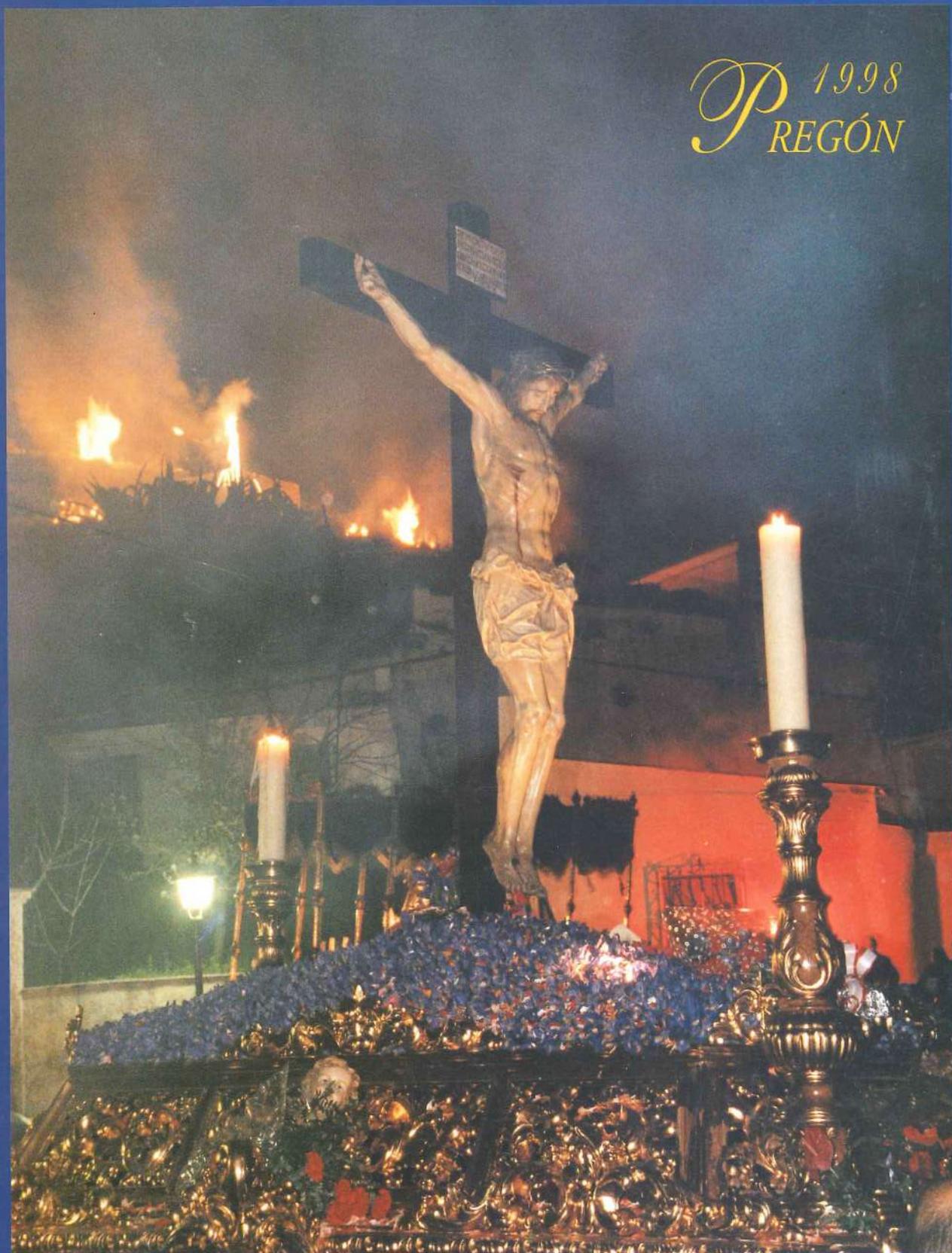


SEMANA SANTA

GRANADA

P 1998
REGÓN



SEMANA SANTA

GRANADA

P 1998
REGÓN

*pronunciado
por*

D. JOSÉ LUQUE GÁLVEZ

MONASTERIO DE SAN JERÓNIMO

Domingo, 1 de marzo. A las 12 horas.



En el nombre del Padre, principio y fin de todas las cosas, creador de todo lo creado.

En el del Hijo, encarnación humana del mismo Dios, nacido entre las entrañas purísimas de Santa María, y muerto en una cruz, por salvarnos y redimirnos del pecado, allá en un monte llamado Gólgota.

Y en el del Espíritu Santo, paloma simbólica que nos da el hálito de la gracia, por ser Dios mismo vivificante de nuestras almas, y auténtico manantial divino que no tiene fin.

Así pues, en el nombre de Dios, inicio la andadura de este pregón, que va a intentar poner nuestro corazón, en íntimo contacto con el sentir pasional que anima siempre nuestra condición de cofrades.

¡Que así sea!



¡Granada eterna! Monumento a la luz y al color, mosaico de filigrana de ancestrales culturas. Primoroso talismán rematado por la limpia blancura de tu universal sierra:

Tienes la inmensa dicha de ser cada año, un jueves en la primavera, testigo del encuentro de un pueblo con su Dios hecho carne, con el Cuerpo mismo de Dios vivo en la Eucaristía. Con el Señor de Señores, expuesto en solemne viril, donde se mezclan las espigas y las uvas de los campos, con la plata y el arte hechos fe, por un pueblo de creyentes.

Y otro día, en un comienzo de otoño, también te toca ser testigo de las oraciones de miles de almas que elevan sus plegarias, en un bello atardecer, a nuestra abogada y soberana, a nuestra Madre y Señora, protectora sublime de nuestra Granada, a nuestra Reina de las Angustias:

*Porque un clamor jubiloso
en la radiante tarde
proclama alegremente tu realeza
de Virgen y Madre
Radiante luna, que tus pies besa,
mientras tus hijos te aclaman y te rezan
entre susurros de oraciones
y alegres repiques de campanas
que a tí Virgen de las Angustias
te proclaman soberana*



*Excelentísimos e ilustrísimos
señores*



Semana Santa en Granada, tierra de fe, que se alza al cielo desde la monumentalidad de sus templos.

La ciudad cantada, universalmente, de formas y maneras distintas.

Cuna de escritores, pintores, escultores, músicos, poetas... y santos que han difundido su nombre por todo el mundo.

Ciudad de viejas leyendas hispánicas.

Y ciudad de la luz. Luz que nunca podrá serle arrebatada, mientras que no destruyan su cielo azul, bóveda de cristal que encierra como en preciado joyero, los más destacados perfiles de la silueta de sus monumentos famosos en todo el mundo.

Granada, variopinta y ya quizás mistificada pero todavía, y Dios quiera que por muchos años, conservadora de un ser personalísimo en muchos de los rincones de sus afamados barrios.

Granada, en fin, que en los albores de un mes de Abril, todavía lejano pero próximo ya en nuestros corazones, será vibrante espectador y colosal intérprete de sus cofradías de penitencia.

Durante siete días oteará desde distintos puntos de su geografía romana y musulmana, barroca y renacentista, el ir y devenir de nuestras queridas hermandades, como testigo de una historia ya vivida y otra por conocer, del más auténtico auto de fe de un pueblo cristiano.

Porque las cofradías, cuando tan a mano se tiene el vocablo pueblo, son efectivamente pueblo, pero pueblo cristiano, pueblo con fe en Dios. Ese y no otro es el que un día tras otro, va al encuentro de Jesús y de su bendita Madre por las calles y plazas de esta nueva Jerusalén andaluza.

Salgamos, pues, al paso de todos aquellos que pretenden la secularización de nuestra Semana

Mayor. Ella y sus cofradías son para el pueblo cristiano, para el pueblo católico granadino.

Así, pues, yo os invito a que me acompañéis, cofrades de Granada, que lleváis el alma dispuesta a miles de sensaciones.

Yo os invito, a que vengáis a esas calles y plazas de esta ancestral ciudad, en las que sostienen lucha eterna la luz y la sombra, calles y plazas que tienen historias de amor y de desgracias, de felicidad y de tristezas, de sentimientos eternos.

Calles y barrios, puertas y arcos famosos, conventos y torres singulares de Granada, escenario vivo de una semana pasional que es perpetua vivencia de un Dios hecho hombre, manantial de ansias cofrades, raudal de ilusiones de un pueblo, semillero de alegrías en Resurrección gloriosa, jardín de emociones y palpitar de suspiros, crujir de labios en oración, temblor de manos acariciantes, fulgor de ojos sedientos de fe..., fragua viva del amor a Cristo.

Hoy, en este primer domingo de Cuaresma, más que olerse a Semana Santa, podemos decir que se palpa, porque ya han comenzado a salir de nuestras iglesias y conventos, tufaradas de incienso de los cultos que se celebran a los Sagrados titulares de nuestras distintas hermandades.

Ya han comenzado a oler nuestros jardines, con la fragancia natural de esas múltiples plantas que los adornan y que comienzan a florecer en este prelude de la primavera.

En las alturas de nuestras terrazas o en los patios recoletos de nuestros incomparables Cármenes, los claveles sembrados en macetas de barro o en simples recipientes de latón, han reventado o están a punto de reventar, como cuajarones de Sangre pura.



El aire se vuelve ligero y transparente, como el agua buena y pura que baja de nuestra singular Sierra Nevada, y allá hacia la Vega, los cielos son más azules y los días se nos hacen plácidos.

En definitiva todos sentimos que ya se nos acerca la primavera y con ella nos llega la Semana Santa, y todos quisiéramos ver este año, a esa primavera florida, que llevamos dentro de nuestros corazones, que culmine de forma frondosa en todos los días de nuestra Semana Santa.

Porque todos al acompañar a nuestras Sagradas Imágenes, vistiendo la túnica nazarena, podríamos decir con el poeta:

*Si para conseguir lo conseguido
tuve que soportar lo soportado.*

*Si para estar ahora enamorado de ti,
Señor,*

*fue menester haber estado herido,
tengo por bien sufrido lo sufrido,
tengo por bien llorado lo llorado.*

*Porque después de todo he comprobado
que no se goza bien de lo gozado
sino después de haberlo padecido.*

*Porque después de todo he comprendido
que lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.*

Sí, queridos cofrades que me escucháis este primer domingo de Marzo.

Así comprendo yo, qué es la Semana Santa de Granada, es la manifestación externa del vivir diario de la hermandad.

Por eso, cada cofrade debe ser semilla oculta en su hermandad, que sirva para que al llegar la primavera de cada año, dé el frondoso fruto que sea ejemplo para todos los que vienen a admirarnos, para que de esta forma demos testimonio

de que en esta tierra se ama y se quiere a Cristo y con él a su Madre bendita.

Porque lo que nosotros hacemos en nuestras estaciones de penitencia, es una manifestación externa y las manifestaciones de amor deben nacer en lo más profundo del Corazón y prolongarse con testimonio de conducta cristiana.

Si somos renovados recibiendo el Cuerpo del Señor, de ese Señor que en tallas de un gran valor artístico, sacamos en nuestros pasos por las calles de Granada, hemos de manifestarlo con obras.

Nuestros pensamientos han de ser sinceros, de paz, de entrega, de servicio.

Nuestras palabras han de ser verdaderas: claras y oportunas; que sepan consolar y ayudar al hermano; que sepan sobre todo, llevar a todos la luz de Dios.

Nuestras acciones, en las distintas hermandades, han de ser coherentes, eficaces y acertadas, que tengan siempre aromas de Cristo.

¡Cuántas calorías espirituales necesitamos!

¡Qué responsabilidad tan grande si diéramos mal ejemplo!

Hemos de brillar como una estrella, con ansia de altura y de lumbre encendida en el cielo.

Hemos de brillar, como brillan cada uno de nuestros días de Semana Santa, con brillo de candelera encendida.

Como brilla nuestra Señora de la Paz en la tarde de cada domingo de Ramos cuando pasa bajo el Arco de Elvira.

O como brillas Madre bendita del Amor y Trabajo cuando pasas por San Juan de Dios y haces que todo sea oración a tu alrededor.

O como brillas Virgen Santísima de la Merced, cuando por la Alhóndiga vas repartiendo



gracias a todos los que te contemplan absortos al ver tanta belleza.

O como brillas Madre del Amor Hermoso del Sacromonte, cuando cada madrugada eterna de Jueves Santo, subes por las cuestas gitanas de tu barrio entre luminarias de hogueras encendidas y sonos rancos de martinete que se rompe en las gargantas que enfervorizadas cantan a la que es Madre de Dios y de todos los gitanos. Al mirarte a esa cara morena y serena, con esa serenidad que te da el saber que eres la Madre de Cristo, de ese Cristo que es consuelo de todos los cristianos, tenemos al menos que decirte:

*Qué Señora tan Señora,
Qué Reina de tanto tono
Qué Madre de más ternura
Qué paloma sin sollozo.*

Y así con esta semilla sembrada, convertimos a Granada en un único templo, lleno de calles y plazas, hechas todas ellas para el discurrir de las estaciones de Penitencia, calles y plazas llenas de luz y que se van poblando de cruces.

Cruces en alto, sobre los pasos, Cristo clavado en ellas, curvado por los espasmos agónicos, sereno en los momentos inmediatos a su muerte, o ya en los inicios de la rigidez, si hace tiempo que ya expiró.

Cristo desde ella, desde la Cruz de piedra del Campo del Príncipe ve a un pueblo arrodillado rezar tres credos que piden tres favores en un silencio que debió ser así en el Gólgota, antes de que las nubes se rompiesen y se desgajasen las montañas.

La Cruz junto a Cristo, que espera paciente y humilde a ser crucificado en ella.

La Cruz cargada a sus hombros; Cristo caído

bajo el peso de la cruz y exaltado en ella y en ella muerto.

Cristo y la Cruz, la Cruz y Cristo, son dos presencias obsesivas en la Semana Santa de Granada.

Cruz de bendición en el domingo de Ramos, Cruz Solitaria, ya sin la compañía del Señor, la que se nos muestra, cuando la Soledad llora inconsolable el dolor más amargo de todos sus dolores.

Y entre una y otra Cruz, todo un patético jardín de Cruces acariciadas, pero nunca abatidas por el aire fresco y puro de nuestra Granada.

Cruces en los remates de las insignias, porque toda obra bien hecha necesita, al final, la señal de la Cruz, para acabar siendo como debe de ser.

Pequeñas cruces brillantes, primorosas, de delicada hechura y traza, bien en alto, apenas vistas, pero presentes en las calles de Granada, cuando la cofradía las recorre.

Cruces en los escudos que lucen en sus capillos, pechos y capas los nazarenos granadinos.

Cruces sobre los pechos benditos de nuestras vírgenes llorosas, y cruces menuditas, de oro y plata, rematando la leve y gloriosa arquitectura de las coronas que proclaman la realeza de la Virgen Santa

Toda Granada, desde que la Semana Santa se hace, camina detrás de la Cruz. No hay cofradía que no recorra su camino penitente si no lo hace en seguimiento de la Cruz que le sirve de guía.

En los días de Semana Santa, Granada es toda ella, un sucederse de cruces que afirman y proclaman la cristiandad de sus firmes creencias.

Sin que la Cruz lo guíe no se puede andar por



las calles de esta bella ciudad, cuando es Semana Santa.

La Cruz es compañera, guía, penitencia y glorificación, Cruz de forja y Cruz de piedra.

Cruz de luz y Cruz de fuego. Cruz de llanto y Cruz de gozo, de fe y de esperanza.

Cruz mojada por la Sangre de Cristo y Cruz salpicada por las lágrimas de María.

La Cruz, principio y fin de nuestras conmemoraciones, presencia repetida, señuelo de nuestros actos y auténtica causa de nuestra fe.

Y eso es Granada en los días de Semana Santa, una catedral grandiosa, llena de cruces y en donde todo es oración, oración colectiva a nuestro Señor, al que damos gracias por el bien de la Redención.

Reza y hace oración el nazareno, como el costalero, al igual que el capataz o el quejío de la parihuela que chirría con el paso del Cristo que lleva.

Y también hace oración el varal, la flor y la vela rizada que va junto al rostro de nuestra bendita Madre.

Y también hace oración el farol inerte que va iluminando a ese Cristo crucificado que se debate humanamente entre la vida y la muerte y que nosotros no sabemos si lo queremos ver muerto, dormido o despierto.

Y hace oración esa marcha fúnebre o alegre, igual da, porque la muerte de Cristo es para los granadinos sentimiento de tristeza y alegría, tristeza por los sufrimientos de nuestro Cristo; alegría porque como cristianos, católicos y apostólicos sabemos que nos redime y que su resurrección nos habla de perdón y de nueva vida.

Y por eso, que nadie diga a ningún granadino

que no tiene respeto a su Semana Santa, y menos si el que lo dice viene de fuera.

Yo diría a ese, que de esa forma hablase, que comprendiera primero a Granada, que se empapase de sus sentires, y después se daría cuenta de que los granadinos y los que así nos sentimos, nos sabemos hijos de Dios, tenemos filiación divina, y aquél que lleva a Dios dentro tiene que rezumar alegría, tiene que tener salero, por sentirse el más dichoso de todos los mortales.

Porque ¿quién es el que no hace oración cuando se encuentra con Jesús cautivo por la Cárcel baja?

O ¿quién no hace oración cuando se encuentra con el Santísimo Cristo de San Agustín, clavado en la Cruz en ese monte calvario que es su majestuoso paso, y que llama a nuestros corazones contritos en el silencio de la calle San Antón.

O ¿quién no se recoge y reza cuando acompaña a nuestro padre Jesús de la Amargura por la Cuesta del Chapiz?

O ¿quién no hace oración al ver a ese Santísimo Cristo de las tres caídas, derrumbado en el suelo por el peso de nuestros pecados?

O ¿quién no puede estar gozoso cuando ve al Supremo Amor cada anochecer en su plaza de la Concepción?

O ¿quién en definitiva, no siente un escalofrío por todo su cuerpo, cuando en el despertar de la madrugada del Viernes Santo, entre sonos roncros de tambores rasgados de dolor e iluminado por la luna del Parasceve, sale con majestad sublime a las puertas de la Iglesia de San Pedro el mismo Dios en su misericordia infinita.

*Hay en Granada un silencio
que el mismo silencio calla*



*un silencio que en San Pedro
hace que sólo hable el Alma.
Desde un lugar no lejano
suenan doce campanadas,
la muchedumbre, en silencio,
al silencio sólo aguarda.
Que en Granada hay un silencio
muerto en una Cruz muy alta,
y un silencio que en la noche
con rápido paso avanza,
y un silencio que acongoja
corazones y gargantas
y va imponiendo silencio
a una Granada callada.
Por eso quiero contarte
lo que en esta tierra pasa
que el silencio, aquí en Granada
es cosa que se ve y palpa,
es Dios en su misericordia
y no cosa inanimada,
que es Jesús Crucificado
que es Cristo muerto que habla,
que es silencio que se oye,
que es silencio que te llama,
que es silencio que te mira,
que es silencio del silencio
del viernes de madrugada.
Porque sólo aquí en Granada
puedes mirar cara a cara
al silencio de la noche
que termina en la alborada.*

Que callen los escépticos, Granada no representa, Granada no simula. La Semana Santa es más que una tradición, bastante más que una costumbre.

No son unas fechas en el calendario.

Es un sentimiento de Piedad, una participa-

ción plena en el Misterio Divino de la Muerte y Resurrección de Cristo.

Está bien que se crucen todos los dinteles. Más allá de la puerta ocultadiza y simulada de los que especulan y se enriquecen, tiene que haber un apóstol, aunque parezca que claman en el desierto.

En la oficina, entre los hombres del saber y entre los hombres del poder, en las aldeas campesinas alejadas de todo confort y modernidad, en el aire y sobre el mar, con los que se afanan con la tierra recién sembrada, junto a los que emigran, en busca de alimento y fortuna, en la cárcel, junto a la tentación, tienen que estar presentes el ejemplo claro y la palabra luminosa que ayude al hermano.

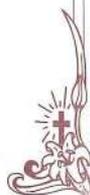
Esto es así y la Iglesia nos quiere hoy más que nunca, militantes comprometidos en nuestra acción; torres, alfiles o peones en el tablero de la justicia social, de la concordia humana. Pero por favor que nadie retroceda, que ningún cofrade se bata en retirada, que ningún corazón humilde, corazón de Granada, que lleva en sus andas a sus cristos y a sus vírgenes por nuestras incomparables calles y plazas, niegue a Dios la luz anchurosa, el espacio entero de Granada, convertida en un gran templo para el Señor.

Era el viernes de preparación para la Pascua cuando Jesús es conducido ante Pilato.

Y Pilato preguntó a Jesús: ¿luego tú eres Rey?

Y Jesús contestó: Tú lo dices. Yo soy Rey, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz.

Dícele Pilato: ¿Qué es la verdad? Pilato dejó en el aire, como un ademán de elegancia



te displicencia, esas cuatro palabras, que constituyeron, más que una honrada pregunta, una confesión de escepticismo.

Pilato no creía en la verdad: ¿En nombre pues, de que iba a reñir una batalla para dejar en libertad a un inocente? ¿En nombre de la justicia? No hay justicia sin unos principios verdaderos, válidos para todos y para siempre, sin unos hechos que son verdad.

Han pasado muchos siglos, y cuando cada anochecer de Domingo de Ramos vemos al Señor de la Sentencia pasar por la carrera del Darro, al admirar este sublime misterio, todavía resuena en nuestros oídos aquella pregunta: ¿Qué es la verdad?

En nuestros días, la búsqueda de la verdad no constituye un objetivo para la mayor parte de las gentes.

Hay en su escala de valores cosas que se consideran más urgentes e inmediatas y también mucho más importantes: el éxito, la eficacia, el dinero, la fama traducida en publicidad, el confort, la política, el poder...

Hoy la juventud se encuentra sin nada sólido a que poder asirse, no encuentra una roca firme bajo sus pies sobre la que pueda apoyarse, sobre la que pueda construir su vida.

¡Cuánto tiene que enseñar Granada al mundo entero en esa búsqueda de la Verdad!

De esa Verdad que brota del costado abierto de ese Santísimo Cristo de la Lanzada.

Ahí está la hermandad de la Entrada Triunfal en Jerusalén, verdadera escuela de futuros cofrades, donde cada Domingo de Ramos nos deleitamos y a la vez nos llenamos de gozo, viendo a los niños de Granada, entre un cimbrear de doradas palmas, acompañando a ese Jesús, Verdad

triunfante y a la vez humilde, cabalgando sobre un borriquillo bajo el arco de Elvira.

Ahí están nuestras hermandades, Verdad durante siglos, ahí están nuestras reglas de hermandad, ahí están las protestaciones de fe en nuestras funciones principales, jóvenes, adultos y ancianos, todos juntos, unidos en pura comunión, formando largas filas, para sellar con un beso amoroso lo que es nuestra Verdad, el Sagrado Evangelio y profesión de nuestras reglas.

Ahí están nuestros hijos, desde pequeños, engrosando de algún modo su hermandad, unos agarrados a un tambor o a una trompeta, otros agarrados a un costal, para unidos aupar hacia el cielo aquello que es nuestra Verdad y nuestra vida, a nuestro Cristo amado o a Nuestra Madre del Amor Hermoso.

¿Qué se puede hacer más? Por supuesto, pero por algo se empieza, cambiamos la arena move-diza que sostiene a la juventud de hoy, por la trabajadera bajo el paso de sus amores.

Así podríamos decir a Pilato y a todos los Pilato que hay en el mundo que vengan aquí, a Granada, para conocer y aprender lo que es la Verdad.

Has puesto tu cabeza bajo una Verdad que anda, vas a ciegas, empujas el paso de la noche. Oyes en torno tuyo músicas y palabras que para tí no son sino invisible roce.

Tu oración es sudor corriendo por la espalda. La madera abre ojos para que no te ahogues.

Los bueyes del resuello muy lentamente avanzan costalero y tu pulso diría que se rompe.

Estás ahí, eres pueblo muy rodado que aguante el vaivén de las Vírgenes y Cristos, que conoce la procesión por dentro llena de madrugada, mús-



culo herido, ronca orquesta de las órdenes.

Aúpa, costalero de Granada, el que calla en la sombra, más lleva su luz y sabe adonde.

Hombros y corazón. Hombre eres que pasa limpio de vanidad, oscuro rey sin nombre.



¿Acaso no eres tú verdad suprema, Cristo de la Redención, cuando en tu Cruz de muerte, vas dando vida a todos tus hijos del Barrio del Zaidín?

¿O acaso no eres verdad pura, Santísimo Cristo del Perdón, cuando atado a una columna, bajas radiante entre el fervor popular de todos tus hijos del Albayzín?

¿O acaso no eres verdad Jesús de la Paciencia cuando cada Miércoles Santo sales por la puerta de San Matías?

¿Y no eres verdad Tú Señor de la humildad?

Claro que sí eres verdad, Señor mío y Dios mío del Consuelo cuando en la plaza de las Pasiegas bendices a toda Granada y cuando de regreso llegas al Sacromonte, entre llamear de hogueras y sonos de fragua, parece que en tu muerte suprema, estás diciendo a todo el pueblo que te reza, miradme aquí estoy cada madrugada de Jueves Santo para consolaros y bendeciros a todos, creyentes y agnósticos, payos y gitanos, y deciros yo soy la verdad y la vida y por todos vosotros muero.

Y con esa verdad que tenemos en todas nuestras calles en cada uno de los días de Semana Santa, tenemos que ser hombres de fe. Granada es un pueblo que tiene fe, ¿cuántas veces se oye decir esto?

"¿Qué milagros haces tú para que nosotros veamos y creamos?"

Lo preguntaron, precisamente los judíos, cuando Jesús había alimentado a una multitud de cinco mil hombres, con cinco panes y dos peces. Quizás les pareció que como milagro no era suficiente o acaso lo querían de otra clase.

La quiebra de la fe, es un fenómeno en el mundo de hoy que no puede pasar inadvertido para ningún cristiano.

Nos presentan en la actualidad la figura del buen ateo; del hombre sincero que se plantea problemas a profundo nivel intelectual, que se pregunta honestamente por Dios, por el sentido de la vida, por la existencia del mal, de la injusticia, de la violencia. Una especie de santo laico que busca y busca y se interroga y se preocupa.

Hay que estar perfectamente preparado en nuestras hermandades para detectar a esta especie de ateo, que puede llegar a destruir todo lo que de sobrenatural tienen nuestras cofradías, para dejarlas reducidas sólo a un fenómeno cultural y que nos líen con la antigüedad o con las tallas, y que nos olvidemos que la antigüedad la da Cristo hace 1965 años que fue cuando Él murió en la Cruz, y que eso es lo que verdaderamente se conmemora en Granada la Muerte y Resurrección de Cristo. Y esa es nuestra fe.

Fe que se hace patente cuando nos encontramos en la plaza del Realejo con ese Señor orante, levanta tu mirada hacia los ojos de ese Cristo que llora en su abandono, mírale pidiendo también, como tú, entre olivos que se aparte el cáliz de dolor, pero mírale orando y aceptando con fe la Voluntad del Padre.

Fe del pueblo de Granada en la plaza de San-



to Domingo, cuando vemos a Cristo junto a sus apóstoles, instituyendo la Sagrada Eucaristía y diciéndonos que pase lo que pase, Él se va a quedar con nosotros.

Y cuando los cofrades vamos en nuestra estación de penitencia en el anonimato que nos da el capillo que cubre nuestros rostros, podemos escuchar a ese Cristo nuestro, al que acompañamos, preguntarnos como Él lo hizo a sus discípulos: Y vosotros ¿Quién decís que soy Yo?

Señor, Tú eres nuestra fe, Tú eres nuestra ilusión en este mundo por el trabajo bien hecho y que sirva para dar testimonio de ser buenos hijos tuyos.

Señor Tú eres la vida, Tú no puede ser la muerte, Tú señor por tu Buena Muerte eres nuestra fe viva, eres nuestra única esperanza.

Señor, tú que acaricias la Cruz como algo muy querido, Tú que eres Dios y te muestras ante nosotros indefenso y ofreces a los hombres el refugio amoroso de tus brazos, Tú Señor eres el Gran Poder de las Almas de Granada.

Tú señor, que eres despojado de tus vestiduras, danos fe ante las contrariedades que nos presenta la vida cotidiana.

Señor de la Pasión ¿Por qué la Cruz para librarnos? ¿Por qué Tú que eres nuestro Rey eterno, no hiciste uso de tu poder?

Y para la pregunta la respuesta de la fe, de la confianza en nuestro Cristo de la Expiración, que mirando a ese cielo azul de nuestra Granada, va diciendo al Padre Eterno "Padre en tus manos encomiendo mi espíritu". Señor, déjame que te diga una vez más que Tú no eres la muerte, que Tú eres la vida y en esta afirmación quisiera ser clavel en ese monte de san-

gre en el que expiras cuando de madrugada vas cruzando el río.

Fe de un pueblo que se hace todo fervor al ver a ese Jesús del Rescate, delante de la puerta de la Santa Iglesia Catedral, maniatado injustamente, aparentemente indefenso, entonces de lo más profundo de nuestro corazón nos sale un grito que es oración de un pueblo que lo venera y cree fielmente en él:

Señor mío y Dios mío

¡socórrenos!

da fe al que tenga hambre

hambre al que tenga pan,

trabajo al que lo necesita

vida al que quiere nacer y no lo dejan.

Tú, que te entregas por nosotros

danos luz para que te

podamos adorar mejor:

Jesús de Galilea

¡Señor del Rescate!

Y por eso Granada tiene fe, y todos los cofrades somos hombres de fe, y no necesitamos de milagros para creer en Tí, Señor.

Y si Granada es un pueblo que conoce la verdad y tiene fe, el cofrade granadino tiene que ser apóstol.

Sí, eso creo yo que tenemos que ser los cofrades, ser apóstoles de Cristo.

Y ser apóstoles es hacer lo que Cristo mandó a sus discípulos: Tomar la Cruz y seguirle.

Tomar la Cruz con Nuestro Padre Jesús Nazareno, como buenos cirineos y seguirle desde que sale a la Plaza de San Juan de la Cruz la tarde del Miércoles Santo, hasta que al filo de la madrugada regresa al monasterio de las carmelitas descalzas.



No olvidemos que estar con Jesús es toparse con su Cruz.

Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza y tolera también que nos llamen locos y que crean que los cofrades somos necios.

La contemplación de la Cruz del Señor da a las adversidades de cada día, sus proporciones verdaderas y reales, así como su valor corredentor.

Es poco, muy poco, lo que el hombre puede ofrecer a Dios en correspondencia con la Cruz de Cristo.

La consecuencia es clara: no dramatizar las contrariedades, sino acudir inmediatamente como por instinto sobrenatural a buscar ayuda y refugio en Dios.

Y cuando nos aceche la tentación del desánimo, de la lucha y de la tribulación, en nuestra hermandad; mira a ese Señor de la Meditación o a ese Santísimo Cristo de la Sangre al salir a su plaza de la Universidad para impartir, cada Miércoles Santo, desde su sagrada cátedra una lección magistral de amor hacia los hombres.

¿Qué vale Jesús ante tu Cruz la mía, ante tus heridas mis rasguños?

Y los corazones se nos llenarán de una santa avidez confesándole, con obras, que movimos de amor por Tí, señor.

Muy duros han de ser los tiempos que se nos acercan, tendremos que sufrir ataques por muchas partes, pero la contemplación de la Cruz de Cristo nos debe hacer llevadera la Cruz nuestra.

La santidad y el apostolado no son algo ac-

cesorio en la vocación cofrade, sino precisamente su fin.

Que nuestra vida de cofrades no sea una vida estéril, debemos ser útiles en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia. Debemos iluminar a todos, con la luminaria de nuestra fe y de nuestro amor.

Y pensemos en Él, en Cristo, en su muerte hecha Favor para los hombres y al verle en la plaza del Realejo ir hacia el Campo del Príncipe, podrás poner en tus labios las palabras del salmista

*"Contigo estoy Señor mío de los Favores,
contigo estoy en la adversidad".*

Y podrás decirle al mirarle a esa cara serena, pues todo se ha consumado,

*Padre mío méteme
en ese misterioso hogar
que es tu pecho.
Quiero dormir allí
junto a Tí
pues vengo deshecho
del duro bregar.*

Y no es difícil hacerlo, pues basta con acercarse la noche del Viernes Santo a San Jerónimo y ver a ese Cristo descendido sobre una sábana blanca, símbolo de inocencia y tras Él la Soledad de su Madre, con esas manos entrelazadas implorantes.

Yo te diría Señor mío y Dios mío, con lágrimas en los ojos, esta oración, que fuera oración de todos los cofrades de Granada.

*El Corazón de la Virgen
traspasa con dolor nuevo
los golpes con que a Jesús
han desclavado en silencio.*



*Sus ojos están cerrados
lívido y frío su cuerpo,
amoratadas sus manos,
muerto su luz y su aliento.
Nicodemo a la Virgen
ha presentado los clavos.
Y José de la corona
ha cogido ya los restos
que los entrega a la Virgen
que se hiera, en su Soledad, al recogerlos
y sufre dolores hondos
y amarguísimos tormentos.
¡Qué arpa sentida cantar
puede los tristes lamentos,
las agonías que sufre
la Virgen Santa en silencio!
Alma cofrade acompaña
con llanto y recogimiento
a la Virgen Soberana
que contempla a su Hijo muerto.
Toma parte en su dolor.
divide su sentimiento.
Y tu callada oración
pura remóntese al cielo.*

Y cuando te vemos yacente, en esa artística urna levantada hacia el cielo, llegar hasta las puertas del Templo Mayor de Granada, todos queremos decirte en silencio "Queremos, que desde ahora, vivas dentro de nuestras Almas y queremos también morir por Tí Señor, por Amor y agradecimiento".



"Una gran señal apareció en el cielo: una mujer con corona de doce estrellas. Vestido de sol. La luna a sus pies".

María Virgen sin mancha, reparó la caída de Eva, y ha pisado con su planta inmaculada la cabeza del dragón infernal.

Hija de Dios, Madre de Dios, Esposa de Dios. Madre de Granada.

Bastaría considerar la función de Santa María en nuestra redención, y su inigualable endiosamiento, para procurar aprender de Ella a corresponder a la acción Divina que nos constituye también a nosotros en familiares del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Nuestra Señora, la Virgen María, que está en nuestros pasos cada día de Semana Santa, hará que seamos otro Cristo: ¡El mismo Cristo!

La Virgen Santísima nos consigue ser hijos de Dios. Por tanto la Virgen María es, pues, verdaderamente nuestra Madre, precisamente en cuanto somos hijos de Dios, hermanos de Cristo. Nuestra filiación divina es a la vez filiación a Nuestra Señora. Y esto es así, porque Dios lo ha querido.

"Cristo, Su Hijo Santísimo, nuestro hermano, nos la dio por Madre en el Calvario".

Dios es la única causa de nuestra gracia, de nuestra adopción sobrenatural, pero ha querido disponer, que ninguna gracia nos venga sino a través de María, de ella recibimos, como medianera en íntima unión con Su Hijo, Único Mediador, el ser hijos de Dios: verdaderamente de Ella nacemos místicamente como hijos de Dios. Ser hijos de Dios, es ser el mismo Cristo, es ser hijo de María.

Esta es nuestra mariología, nosotros los granadinos, nos sentimos hijos de Dios y



por eso aquí, se quiere a María, porque es nuestra Madre.

Pero a los granadinos, no nos basta con saber mediante razonamientos mariológicos, que la Virgen Santísima es nuestra Madre, sino que aquí en esta bendita tierra la consideramos como tal; nos sentimos hijos de Ella y sabemos que nos quiere, como si fuéramos Su Único Hijo en este mundo, y por eso la tratamos en consecuencia.

Y aquí en Granada se colma de mimos, y no queremos que lllore y en sus caras le expresamos tristeza y alegría y le llenamos sus pasos con las mejores flores y la mejor cera es para su candelaria, y le creamos un palio para que no le moleste el sol ni le caiga el rocío de la madrugada.

Ahora que todo es avance en el mundo, en plena era espacial, cuando todo se motoriza, nosotros queremos que Ella vaya lenta y cadenciosa por nuestras calles, llevándola en volandas sobre nuestros hombros.

Y para que su caminar sea más placentero le creamos música sólo para Ella, con sus marchas procesionales.

Y así la honramos y la queremos cada día más.

Y le hacemos una letanía, no lauretana, sino de Granada y por eso la llamamos Penas de los afligidos en San Matías, Misericordia de los pecadores, Luz de nuestras almas, Madre de la Encarnación, Reina de las Maravillas, Virgen de la Caridad, Lágrimas de nuestros pesares, Refugio y Remedios de nuestras vidas, Victoria de los cristianos. Estrella reluciente del Albayzín. ¡Oh! Virgen de la Estrella, cuando te vemos cada Jueves Santo salir a tu plaza de San Cristóbal, radiante, con luz propia, al mirarte a esos ojos profundos,

brillantes de contener tantas lágrimas, la boca se nos llena de piropos:

¡Oh Señora de la Estrella!

Oración, diadema y óleo,

letanía, incienso, ley

historia, sueño y asombro!

Nuestra Madre es modelo de correspondencia a la gracia, y al contemplarla, el Señor nos dará luz para que sepamos divinizar nuestra existencia ordinaria.

Tu rostro Madre, cuantas penas se reflejan en él, cuanto dolor por todos los que padecen males en su cuerpo, Virgen de la Salud, Auxiliadora de los enfermos, cuanto tus hijos del Barrio del Zaidín quieren ofrecerte lo mejor, entre ellos y Tú Madre bendita me imagino yo, que se establece este diálogo:

Señora ¿Qué traje quieres?

¡Quiero un vestido de aire!

¿Pues no lo quieres de seda?

¿Pues no lo quieres de encajes?

—Dámelo, que te lo pido.

sólo un vestido de aire

¡Para volar por Granada

sin que me detenga nadie!

Entrar en San Juan de Dios

subir a los hospitales,

¡Dámelo que te lo pido!

¡Quiero un vestido de aire!

Con el que pueda acudir

al dolor de tanta carne.

A lo largo del año, cuando celebramos las fiestas marianas, y en cada una de las jornadas de nuestra Semana Santa, los cristianos pensamos muchas veces en la Virgen.

Si aprovechamos estos días, imaginando como



se conduciría nuestra Madre en las tareas que nosotros hemos de realizar, poco a poco iremos aprendiendo y acabaremos pareciéndonos a Ella, como los hijos se parecen a su Madre.

Y así te lo pedimos, Madre de la Concepción Inmaculada, cuando cada Jueves Santo te vemos en tu paso, auténtico monumento andante de la Pureza de Granada.

Y así te lo pedimos, Madre del Mayor Dolor, cuando con tu única luz iluminas los corazones que te rezan a tu paso por el puente del Genil.

Y así queremos parecemos a Ti, Virgen blanca de la Aurora, cuando subiendo hacia el Albayzín la luna abriéndose paso entre las estrechas calles quiere besar tu preciosa cara y entonces Granada te da todo lo que tiene:

—*Los Cármenes, su olor verde*

—*Las murallas, sus doseles*

—*Las monjas de los conventos
su oración callada y tenue*

—*Los patios, su mármol breve,*

—*Las rejas hondas, su fiebre*

—*Las cúpulas, su cohete*

—*Las torres, sus capiteles*

—*Los geranios, su deleite*

—*Las albercas, su celeste*

—*Los azulejos, su oriente*

—*El incienso, su olor tenue*

—*La cera, su blanca muerte*

—*Todos te dan lo que tienen*

Y tu Virgen de la Aurora

la madrugada del Viernes

con una sola mirada

todo nos lo devuelve.

Queremos imitar, en primer lugar, tu amor. La caridad no se queda sólo en sentimientos:

ha de estar en las palabras, pero sobre todo en las obras.

La Virgen Santísima no sólo dijo "FIAT", sino que cumplió en todo momento esa decisión firme e irrevocable.

Así nosotros, cuando estamos delante de Ti Virgen delicada del Rosario, y nos aguijoneas nuestro corazón, al ver esas caídas de tu palio, que son pura oración, debemos comprometernos a ser fieles y leales y a serlo efectivamente.

Hemos de imitar su sobrenatural elegancia. Ella es una criatura privilegiada de la historia de la salvación, y cuando te vemos por Pavaneras, Virgen Santísima de la Amargura, pensamos que verdaderamente en María el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Esta gran familia, que formamos todos los cofrades, ha encontrado la Mediadora ante el Padre, la que borra su enojo, la que amortigua nuestras faltas, la Madre siempre diligente que obtiene el perdón, y el saber que está ahí, hace brotar en nuestro corazón un nuevo sentimiento de confianza.

Ha nacido la Esperanza.

Esperanza de Granada, permitidme también que diga, Esperanza de mi Triana.

¡Esperanzas!

El gran regalo de Cristo, porque nuestra esperanza nace en la Cruz, porque la Cruz ya no es muerte sino vida, porque vislumbramos una parte del amor y esperamos el día gozoso de tenerlo en plenitud... Esperanza frente a todas las adversidades, esperanza en todos los hombres, esperanza en todas las naciones, esperanza en Ti Señor, que por amor nos diste la vida, y para que Tu entregas fuera completa nos diste a tu propia



Madre, gracias Jesús, por la Esperanza.

La Virgen nuestra Madre, fue testigo delicado, que pasa oculto; no le gustó recibir alabanzas, porque no ambicionó su propia gloria.

Pero Granada entera, entregada a tu amor sublime, no quiere que esto sea así y por eso en ese atardecer del Sábado Santo todo un pueblo enfervorizado sube por la Cuesta de Gómez hacia se monumento incomparable que es la Alhambra, para presenciar el milagro, que año tras año haces Tú Madre mía, cuando parece ensancharse la puerta de la Justicia para pasar bajo ella, y entre luces y sombras y revolotear de palomas blancas nos presentas a tu Hijo ya muerto, entre sones de campanilleros que nos recuerdan su niñez.

*La campana de la vela
con sones de plata anuncia
que ya ha salido a la calle
la Virgen de las Angustias.
Es fin de Semana Santo
cuando quisiera Granada
ser tu pañuelo blanco
para secarte esos ojos
para que no llores tanto.
Te queremos ver alegre
cuando lentamente bajas
con Tu Hijo en el regazo.
Y llenarte de piropos
de claveles y azucenas
Reina de todos los santos
Madre de las Angustias
orgullo de los cristianos.*

María asiste a los misterios de la infancia de su Hijo, misterios, si cabe hablar así, normales; a la hora de los grandes milagros y de las aclama-

ciones, desaparece. En Jerusalén, cuando Cristo —cabalgando un borriquillo— es vitoreado como Rey, no está María. Pero reaparece junto a la Cruz, cuando todos huyen. Este modo de comportarse tiene su sabor, no buscado, de la grandeza, de la profundidad, de la santidad de su Alma.

Y Tú Madre mía, sola, cuando todos huyen, sales a tu plaza de Santo Domingo buscando ese palio que te da el cielo azul y puro de Granada, y caminas hacia el Campo del Príncipe y al llegar allí ves que no te encuentras sola, porque allí están todos tus hijos; Virgen Santa de la Soledad cuando Granada parece que ya está cansada de tantas emociones vividas durante los días de Semana Santa, y cuando ya parece que no nos quedan lágrimas en los ojos, te vemos con tanto dolor mirando a Tu Hijo muerto en la Cruz y el corazón se nos rompe de amargura:

*Sola está la Virgen Pura
en el dolor sumergida,
del llanto presa y henchida
desolada de amargura.
Huérfana, viuda, privada
de la luz de Su Hijo amado,
del sol que nubla irritado
su alta frente nacarada:
Sola, Su Padre se esconde
sola, Su Hijo ha expirado
Sola, su vida ha acabado
Nadie a su acento responde.
Y su divina belleza
marchita en melancolía
al sol roba su alegría.
Llora a su Hijo adorado
que por los hombres murió.
Al Hijo aquél que arrulló*



*con canción de amor colmado.
Nadie sus penas consuela;
la soledad es su guía.
¡Oh Santa Virgen María!
Ferviente en Ti mi alma vuela
corra mi llanto fecundo.
Lloren tus ayes mis ojos.
Granada bendice de hinojos
al Rey y al Señor del mundo.*



Y después de tantas penas, Granada rebozará de alegría: Porque resucitó glorioso, así como lo esperábamos todos los cristianos.

Los bronces de las campanas de Granada y del mundo entero, se lanzan proclamando a los cuatro vientos la alegría de que el Señor ha resucitado ¡cierta es nuestra fe!

¡La resurrección de Cristo así lo confirma!

¡Alégrate hermano cofrade que Cristo resucitó glorioso!

Granada que contempló día a día la Pasión y Muerte de Cristo; que lloró unida a la Madre las Penas de dolor, en el Domingo de Resurrección salta de gozo, al verlo triunfante en la Iglesia de Regina Mundi y en la de San Miguel Arcángel junto a Nuestra Señora de la Alegría y a Santa María del Triunfo.

La alegría anida en nuestro pecho. Resucitó, Granada ya sabía que al final de tanta sangre, de tanto llanto y de tanta muerte, tenía que ser así; y, por eso, no se ha sorprendido mucho cuando se lo han anunciado los bronces despeñado en tañidos de gloria de todas sus Iglesias y Conventos.

La Semana Santa acabó, Cristo ha resucitado ¡Alégrate Granada!

Y permitid que llegado el final, el pregonero con el corazón ya cansado, la voz rota, pero con el Alma serena y alegre, quiera acercarse hasta la que es Madre de todos, patrona y reina de esta Ciudad, Nuestra Señora de las Angustias, y allí ante el altar de su basílica se postre a sus plantas y deposite un ramo de flores traído por encargo de sus hermanas Sevillanas:

Ramo de flores en el que podrás ver Madre mía:

*—Nardos de los que embalsaman la
mañana y que van prendidos en las
airosas esquinas del paso de Nuestra
Señora de los Reyes.*

*—Y fragantes claveles blancos e
inmaculados escogidos de las jarras de los
entrevarales, que van con la Virgen
Macarena.*

*—Y un ramillete de azahar de los que
florece junto a la Madre bendita de la
Concepción.*

*—Y lirios morados, color de cielo, de los
que crecen a los pies de Nuestra Madre de
la Quinta Angustia.*

*—Y un sin fin de orquídeas y gladiolos
blancos, recién abiertos por la brisa de la
inconfundible madrugada y que van
impregnados de ese olor marinero de la
Esperanza de Triana.*

Acepta, pues, Madre de las Angustias, postrado a tus pies, este simbólico ramo de las más bellas flores, como la más preciada ofrenda de Amor.



ESTE PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
GRANADINA DE 1998,
HA SIDO EDITADO POR
LA FUNDACIÓN CAJA DE GRANADA,
ACABÁNDOSE DE IMPRIMIR EL MIÉRCOLES,
DÍA 25 DE FEBRERO,
FESTIVIDAD DE SAN VICTORINO
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS GRANADA.